

Al final del sendero

Tres cumbres en la ría de Mundaka

TXOMIN URIARTE

Bizkaiko gailur zailenak izan daitezke, Egia esan, kondizio berezi batzutan mendi asko bihur daiteke zail, baina honako hauek ba dute hirurei dagokien ezaugarri bat: bidea, artikuluan azaltzen den bezalaxe jarraitzen ez bada, igoera oso gogorra eta ia ezinezkoa gerta dakiguke. Bidexka bera dugu behebaso sartuezinean zehar doan bide ez aparteko bakarra.



Vista de la ría de Mundaka o cuenca de Urdaibai, como parece ser su nombre primitivo, tomada desde encima de Gernika. Desgraciadamente la declaración de la zona como reserva de la biosfera: área de interés estético, cultural, productivo y sentimental, no le ha conseguido una defensa ecológica real. A la derecha de la foto pueden distinguirse las cumbres de Atxerre, Morua y, justo en el borde derecho, Burretxagane.

Está lloviendo y me cuesta arrancar. Me estoy atando las botas despacio, sin saber muy bien dónde me va a llevar esto. Hoy a la mañana he salido de casa animado, con el plan muy estudiado, para aprovechar a fondo esta fiesta tonta que ha aparecido inesperadamente a comienzos de diciembre. Me he puesto la ropa de los domingos, la de ir al monte, he cogido la mochila y he hecho un viaje largo entre la niebla y el sirimirí. Y ahora estoy aquí, a la puerta del coche, volviéndolo a pensar, porque el tiempo no colabora nada.

Empiezan a sonar las campanas de la iglesia de Akorda. Y las considero como una señal de partida. Espero hasta la última: son las once y empiezo a andar. El único ruido que queda es el de la mar que se oye como una música de fondo. Es un decorado inusual: un bosque de bojés, castaños y pinos por arriba, a la izquierda, a la derecha sembrados, allá abajo caseríos y al fondo la mar.

El camino que lleva a San Pedro de Atxerre por el claro de Dantzaleku es muy bonito. En una bifurcación se va por la derecha, subiendo una especie de escalones tallados en el suelo hasta volver a encontrarse con la pista enfrente de unos «boulders» y un poco más allá un mugarri. En seguida un cartel, arriba, a la izquierda, señalando: Morua, en letras blancas sobre una chapa negra.

Allí nace el increíble sendero, un sendero que avanza por un tupido bosque de encinas, madroños y castaños, estrecho y retorcido, encajonado entre rocas y troncos, defendido por lianas y zarzas... un sendero que es un tesoro que hay que defender y que hay que conquistar.

El sendero del Morua

«Silbos y graznidos de las alimañas guarecidas en la vegetación espesa, cálida y oliente en las noches de verano llenaban de ruido aquellas soledades majestuosas, impresionando al raro caminante que fuera buscando el poblado de Akorda o las casas altas de Kanala.»

«Los Tremendos de Kanala».
Juan de Irigoyen, 1935.

(Me siento que soy yo el «raro caminante» y el denso ambiente me impacta los cinco sentidos).

El sendero se va en dirección SW., ganando altura muy suavemente (son 100 metros escasos de desnivel), a través de un suelo



En primer término el Ereñozar, con la ermita de San Miguel. Se puede observar la densa vegetación del sotobosque de los montes de la cuenca derecha del Urdaibai (bojes, encinas, madroños... e inevitablemente, pinos insignes). Al otro lado de la ría, al fondo, Mundaka, Bermeo y Matxitxako.

rocoso cruzado por estrechas grietas, cubierto en muchas ocasiones de musgo y vegetación, avanzando entre hondonadas y peñascos que va resolviendo alternativamente mediante giros, rodeos, trepes y destrepes.

El sendero es siempre igual y siempre distinto. Parece que se está repitiendo siempre el mismo sitio, si no fuese por ciertos detalles que voy descubriendo, o que quizá no me habría dado cuenta antes.

En realidad no me fijo demasiado porque voy atento a seguir el sendero. Y como se va resolviendo continuamente, apareciendo inmediatamente las soluciones, voy rápido.

Hay unos cuantos momentos que se me han quedado grabados: primero recuerdo un rato en el que se va bordeando un profundo corte, unos metros a la derecha del sendero. Luego me llama la atención una hermosa haya de seis troncos, con una personalidad acusada, como pidiendo una caricia al pasar. Después una roca estratégicamente impidiendo el paso me invita a subirme a ella para permitirme ver, por única vez en todo el recorrido, mirando hacia atrás por encima del encinar, la ermita de San Pedro de Atxerre. Entro en una cazuela que se resuelve a las siete menos cinco (es decir, bajando al centro y saliendo casi en per-

pendicular hacia la izquierda, en dirección Sur).

Al cabo de veinte minutos largos, empieza a «oler a cumbre». Últimas trepadas y rodeos y aparece el buzón. Sólo hay visibilidad hacia el Sur: en primer término Burretxagane y Atxondo, mis próximas visitas, y en medio de ellos Gernika.

Tardo casi el mismo tiempo a la vuelta. A pesar de que es el mismo camino, hay que andar atento, a tope, concentrado en seguir el sendero. Insistente sensación de pasar por sitios que son a la vez nuevos y conocidos. Avanzo ligero olfateando las señales de dos tipos: hendidas en los troncos de los árboles y ocasionales cintas de plástico colgadas de las ramas.

Cuando llego al coche me doy cuenta de que estoy bastante castigado: raspaduras, pinchazos, una dolorosa torcedura en un pie, y estoy sangrando un poco de un golpe que me he dado en la frente. Pienso que el equipo recomendable para meterse en el sendero, además del pantalón largo y el anorak de lona que llevo yo, podría consistir en botas duras, guetres de lona (y me voy animando), casco, manoplas, repuesto de calcetines y camiseta... y un amigo con el que sea fácil tomar las decisiones (por si pasa algo).

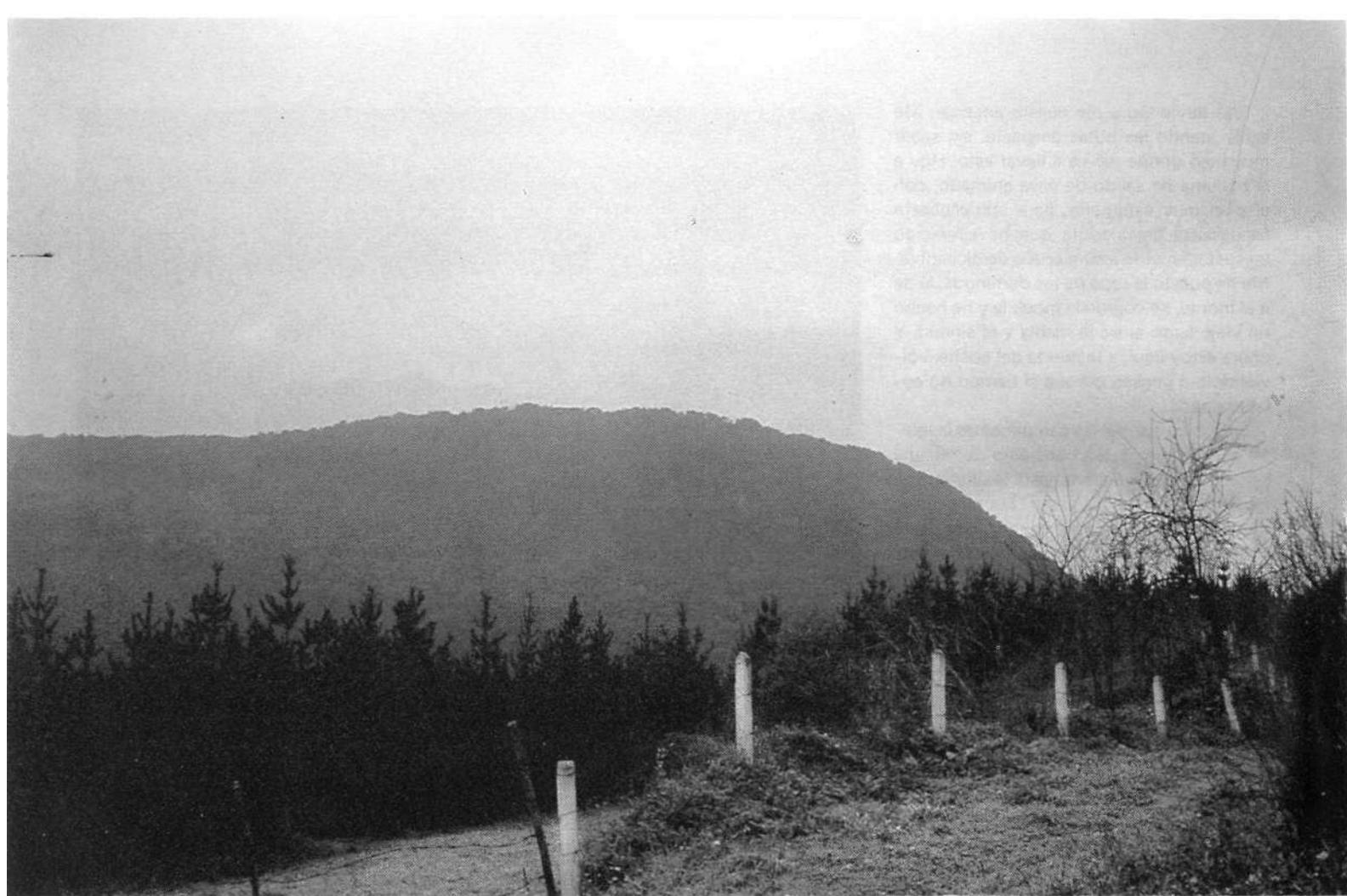


Foto Txomin Uriarte

Burretxagane desde Tromboixa. Como dicen los libros, éste es el flanco Este del anticlinal diapírico de Gernika, formado por materiales calcáreos urgonianos desarrollados en un sistema kárstico.

Las mimosas de Burretxagane

«... se fundió en un día como éste, en el oreo acariciador de la marina soleada oliendo a fragancias salinas del mar y el vaho denso de la fecunda tierra de húmedas entrañas.»

«Los Tremendos de Kanala».
Juan de Irigoyen, 1935.

(Cierro los ojos y pienso en un brillante día de verano, sin viento para izar la vela entre Laida y Txorrokopunta).

Media hora después me estoy cambiando detrás del caserío Tromboixa, preparándome para el segundo monte. Para llegar hasta aquí he cogido, volviendo de Ibarregelu hacia Gernika, una carretera estrecha que sale entre los km 40 y 41, enfrente de la casa n.º 14, y que sube por la derecha hasta el barrio de Tromboixa.

Se ve cerca la cumbre del Burretxagane, destacando al N.W., un conjunto de bloques de rocas cubiertas por hiedra y maleza, pero tiene una marcha de aproximación curiosa. Se sale del caserío por una pista y se va bordeando en dirección N, la hondonada que nos separa del Burretxagane, hasta llegar al collado al E. del monte. Para alcanzarlo hay que atravesar un pinar que tiene en medio un bosque de mimosas «de tronco estriado y ondulado», al lado de un manantial. El sitio tiene que ser sorprendente al final del invierno, cuando florezcan las mimosas, esas flores tan amantes de su libertad, que se marchitan en cuanto se les corta del árbol.

En el collado empieza «otra vez» el sendero, mi sendero, o nuestro sendero, porque lo comparto con Eli Ojanguren, que hizo estos recorridos probablemente hace mucho tiempo y que los ha dejado muy bien explicados en el tomo V de Mendiak. Varias veces a lo largo de esta mañana tengo la sensación de que no voy solo. Elí me va diciendo por dónde hay que ir. Siento su presencia como alguna de las veces que recuerdo que salimos juntos.

El sendero es ahora más corto, más empinado, el suelo es más agreste y el entorno más abierto. El sendero, que está señalado con cintas de plástico, trepa por unos pasillos para superar un par de barreras rocosas y sube decidido unos 150 metros de desnivi-

vel. Normalmente se sigue bien pero, después de superar la segunda barrera, tengo un momento de indecisión que se resuelve porque veo en el suelo, un poco más arriba, un paquete de tabaco (agradezco su ayuda involuntaria a ese montañero poco ecológico y que todavía no ha dejado de fumar).

La panorámica desde la cumbre se abre al E. y un poco al N. Pienso que si tuviese un poco más de tiempo me dedicaría a buscar la cueva de Burretxagane, que está al N.E. muy cerca de la cima. (Hay muchas cuevas catalogadas por esta zona). La de Burretxagane tiene una boca de 0,40 de alto por 1,80 de ancho; una longitud de 30 metros y es una de las cien cuevas de Bizkaia en la que se han encontrado yacimientos prehistóricos. Con esas referencias me da pena dejarla, porque tiene que estar muy cerca de aquí. Pero pienso que puede quedar para otro día, y que incluso se podría pensar en una aventura bonita de selva virgen, «pelando machete» para buscar un camino a través de las lomas que me separan de Kanala, Beikoetxe o Agerre.

¡Ojo a la bajada! Hay varios puntos en los que es fácil perder el sendero y lanzarse alegremente a bajar por donde no se ha subido. Mi recomendación para estos casos sería hacer marchar atrás hasta volver a encontrar el camino seguro. De otra forma, el lío puede ser cada vez más serio.

Escapando de la cantera

«Hasta allí llegaban en eco todos los mil ruidos misteriosos del jaro, que la tristeza del lugar intensificaba y desnaturalizaba. El viento fuerte de la galerna pasando sobre las hojas duras y secas del madroñal remedaba conversaciones airadas, silbando en los troncos de «tanteis» (atalayas) modulaba voces autoritarias de mando, maldiciones sordas. El suave terral parecía denunciar la presencia de coros femeninos riendo o susurrando ternuras.»

«Los Tremendos de Kanala».
Juan de Irigoyen, 1935.

(Hoy gana el iparhaizea. Es duro, desagradable, frío, enemigo).

Como todavía me queda tiempo —hoy tengo un permiso largo—, voy a hacer otro monte de la zona que también tiene sendero. El Atxondo, al otro lado de la ría, encima de Forua, requiere un poco más de tiempo:

RESUMEN DE DATOS	ALTURA	DESNIVEL	DISTANCIA (1)	TIEMPO (2)	
				SUBIDA	BAJADA
MORUA	347	100	2 Km	30'	25'
BURRETXAGANE	412	170	3 Km	30'	25'
ATXONDO	351	300	5 Km	45'	30'

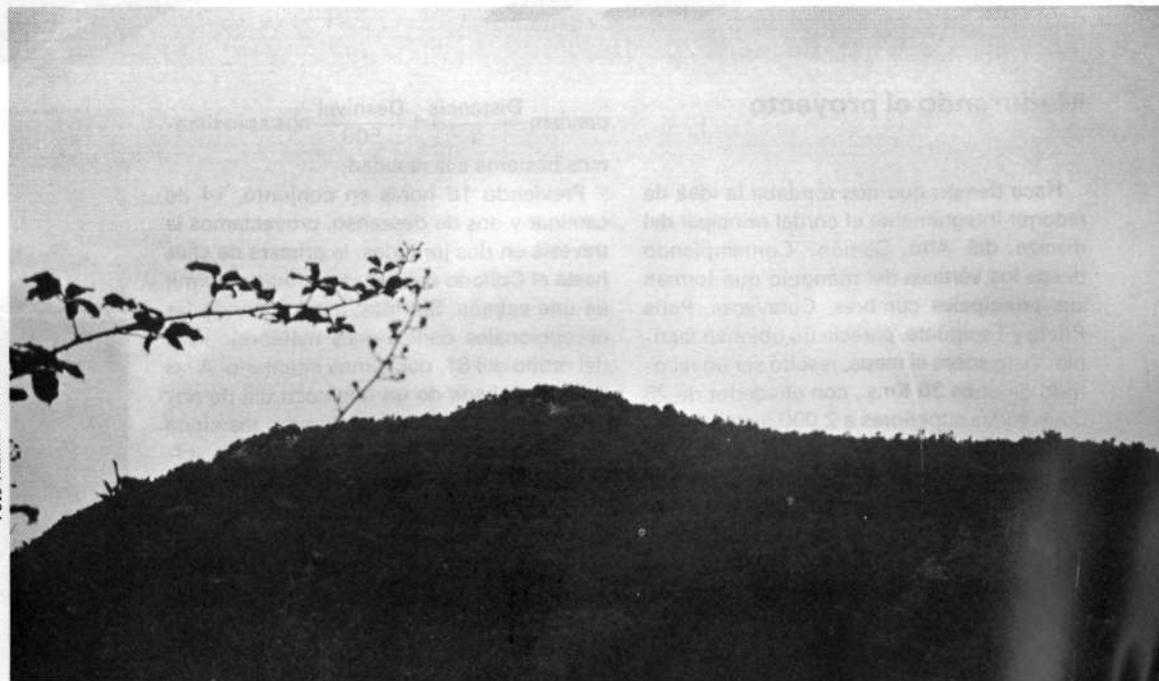
(1) Distancia total aproximada de ida y de vuelta.

(2) A paso rápido y sin descansos.

Ascensiones realizadas el 6-12-84

Atxondo desde el collado. Si no se sigue al pie de la letra el camino, la ascensión puede resultar muy dura e incluso imposible. El sendero es el único camino no excepcional a través del sotobosque impenetrable.

Foto Txomin Uriarte



el camino es más largo y el desnivel es mayor (unos 300 metros).

Se toma una carretera que sale del medio de la cuesta del pueblo, junto a una casa en la que figura el cartel de Forua, en dirección W. hacia el barrio de Atxondo, bordeando el monte. Hasta llegar a la cantera.

El comienzo de la subida no tiene pérdida. Hay que atravesar toda la cantera —un espectáculo desolador— hasta la izquierda, donde aparece una pista grande, preciosa, un viejo camino de piedras amigas que es un placer pisar.

Subo a gusto, acompañado de pinos muy altos y repitiéndome que es una pena que, en vez de oír el ruido de la mar como en Morua, aquí me acompañe durante un rato largo el estrépito de la cantera.

El camino se trifurca y me voy por la derecha hasta un primer collado. Sigue cambiando la dirección hacia el E. hasta llegar al verdadero collado. Desde aquí, continuando hacia el N., el camino nos bajaría al barrio del Altamira de Busturia.

El sendero del Atxondo sale a la derecha (E.), en forma de pista de carros de bueyes, muy pendiente, metiéndose en un túnel bajo la espesa vegetación. Sube muy fuerte, en línea recta, y de repente, sin previo aviso, se termina. Hay que torcer en ángulo recto hacia la izquierda y seguir las flechas de pintura verde... cumpliendo rigurosamente las reglas del seguimiento de huellas. Insisto en recomendar atención en este sitio porque os podría contar de un amigo que siguió adelante en la dirección de la senda y luego lo pasó muy mal, muy mal, para encontrar la cumbre.

Prestando atención a las marcas verdes —de señal a señal— no hay problema. Son diez minutos para salvar el laberinto de rocas que me conduce al buzón del Bilbao Alpino Club que señala los 351 metros del Atxondo.

No hay ningún panorama, así que allí no hay nada que hacer. La vuelta se anuncia fácil pero me da pereza la idea de tener que cruzar otra vez la cantera, entre el barro gris y las maniobras de los camiones (¡qué lejos queda eso de la cuenca de Urdaibai como reserva de la biosfera: área de interés estético, cultural, productivo y sentimental!), y además ha empezado a llover fuerte, y tengo mucha hambre y estoy sucio, cansado y dolorido... pero me gustaría escribir el artículo sobre el sendero, porque son unos montes salvajes y exigentes, de los últimos que suelen quedar a los que están haciendo todos los montes del Catálogo de Bizkaia, pero que es una experiencia verdaderamente gratificante si se hacen las cosas bien... y, además, y termino en seguida, la zona es una maravilla y hay otras dos actividades recomendables que me resisto a no contar: una es escalar en la pared de Ogoño, entre percebes, gaviotas y buitres (en realidad creo que es una colonia superviviente de cormoranes moñudos, compuesta de siete a diez parejas, a las que será mejor no molestar) y la otra es hacer la subida al Ereñozar desde Santimamiñe (en un sendero vertical, precioso, muy fácil de seguir, para hacer a cuatro patas, con sensación de selva virgen. Son 300 metros de desnivel y el récord lo tiene Miguel Angel Etxaburu en 16 minutos).

Bibliografía

- «Mendiak» tomo V, Eli Ojanguren (1983)
- «Montes de Euskalerrri», tomos 1 y 2, E. Beaskoetxea (1984)
- «Catálogo de Cuevas de Vizcaya» G.E.V. (1985)
- Mapas IGC 1:25.000 n.º 38.III y 38.IV (1977)